



Efectos de la sequía en el pantano de la Tranquera a comienzos del mes de octubre. J. MACIPE

Inundaciones y sequía

Joaquín Olona Blasco

Decano del Colegio Oficial de Ingenieros Agrónomos de Aragón, Navarra y País Vasco

Las abundantes lluvias recientes han provocado importantes daños en la Jacetania y Cinco Villas, también han causado problemas en las inmediaciones de Zaragoza. Pero también han supuesto una recogida de 500 Hm³ de agua, un volumen equivalente a algo más de la décima parte del consumo anual de los regadíos aragoneses, en unos embalses bajo mínimos como consecuencia de una dura sequía, que ha provocado pérdidas en la campaña agrícola por valor de 277 millones de euros. Los embalses

han minorado los daños de las riadas y todavía los habrían minorado más si hubieran estado operativos los que ni siquiera han empezado a construirse, como es el caso del dos veces aprobado Biscarrués.

Que las inundaciones convivan con la sequía no debería llamarnos tanto la atención. Quizás no tengamos una correcta comprensión del clima con el que convivimos. Un clima, que por ser mediterráneo, no solo presenta sequía en verano como rasgo más característico, sino que muestra, además, una pluviometría tremendamente irregular, tanto a lo largo del año como entre años consecutivos. Siendo relativamente escasa la cantidad total de lluvia, en unos sitios más que en otros, es la

La política, dominada por el cortoplacismo, pone el acento en los inconvenientes de construir embalses

irregularidad de su distribución lo que ocasiona episodios combinados de inundación y sequía.

Fueron los regeneracionistas de finales del siglo XIX quienes comprendieron y asumieron que uno de los factores esenciales causantes de la miseria que asolaba mu-

chas zonas rurales españolas era la pésima distribución temporal y espacial de las lluvias, es decir, del agua. Su enfoque humanista y su fe en la ciencia y la tecnología les llevó a proponer, entre otras acciones y como remedio para la pobreza y el subdesarrollo, la política hidráulica. Pero sin haber alcanzado las metas soñadas la política hidráulica pasó a denostarse antes de finalizar el siglo XX sin haber completado suficientemente su desarrollo, particularmente en Aragón donde la capacidad de embalse, disponible para consumo, tan solo equivale actualmente al 21% de la aportación media anual.

Poco parece importar la evidencia del desarrollo experimentado y riqueza neta generada por el agua aportada a nuestras zonas semidesérticas mediante las obras hidráulicas. Cuesta imaginar cómo viviríamos en el Valle del Ebro sin ellas y cabe asegurar, desde luego, que no sería una de las zonas más ricas de España. Tampoco parecen importar los enormes costes que todavía soporta nuestra sociedad como consecuencia de la insuficiente y obsoleta regulación de unos recursos hídricos más irregulares que escasos. Unos costes que no solo se traducen en perjuicios agrícolas sino también en riesgos y daños para las infraestructuras, el medio ambiente, las personas y sus bienes, como estos días ha podido constatarse.

La política vigente, dominada por la superficialidad, las apariencias y el cortoplacismo, propicia que se ponga el acento, exclusivamente, en los inconvenientes, sean los que sean, de la construcción o ampliación de los embalses. Un enfoque que impide el logro del interés general, que no se alcanza cuando se anulan los costes ni se contenta a la minoría, sino cuando se beneficia a la mayoría.